

Javier González

NEXO
12

NEBULOSA ALZHEIMER

Tu sonrisa apenas permite vislumbrar la vía láctea.

Ya no titilan las estrellas en tus ojos. Se han convertido en agujeros negros iluminados de cuando en vez por un cometa.

¡Cuánto daría, madre, por volver a celebrar mi cumpleaños! Tu queque cubierto con polvo estelar de coco y tu piñata en lo alto, como un sol, acompañada por guirnaldas y farolillos como gigantes rojas, como enanas blancas.

¡Cuánto daría por encaramarme a tus rodillas! Que Pegaso volviera a tener alas para viajar por tus mundos de fantasía hasta quedar dormido en tu pecho: unas veces con el murmullo de las olas que bañaban las telas de Andrómeda a la espera de Perseo; otras, cansado de jugar con los perros de Orión.

¡Mira, madre, mira! En mis ojos. Una lágrima. ¿Has visto en ella una estrella fugaz?

Ojalá se cumpla mi deseo y algún día regreses de esa nebulosa llamada Alzheimer.

GALILEO

—¡Ay Galileo, Galileo! Tantas noches como hemos pasado juntos y solo te has fijado en mi cabellera —le dijo Berenice.

EL LOCO DEL MUELLE

Todos reían. Jamás le habían visto coger pez alguno. Día tras día depositaba los libros en el veril, desplegaba la silla y caña en mano se disponía a pescar. Por engodo tiraba páginas de La Metamorfosis y como carnada usaba migas hecha con hojas de La Odisea.

Era conocido como El Loco del Muelle. Hasta aquella tarde que picó una sirena y desapareció con ella.

DULCINEA

Una mujer leía unas novelas ejemplares cuando se le acercó un ingenioso hidalgo caballero y le dijo: Si gustares de acorrerme, tuyo soy.

LA BIBLIOTECARIA

La bibliotecaria lo intentó todo. Sin embargo, le fue imposible inculcar el interés por la lectura. Como último recurso convocó al alcalde y convocó, Quijote en mano, a todos los vecinos en la plaza del pueblo.

Subió a lo alto del quiosco y leyó en voz alta. La vieron gorda y baja, redonda como una pelota; de nariz chata, ojos saltones, pelo moreno, corto y rizado, con poca sal en la mollera, abrazada al texto como si fuera su jumento. Continuó la ventura y pareció cabalgar a lomos del libro, lanza en ristre, para hacer gran servicio a Dios al quitar tan mala simiente sobre la faz de la tierra y atacó las ramas de los árboles cual gigantes. Más tarde, al contraluz de las hojas, oyeron el suspirar de una mujer a la espera de su caballero andante.

—¡Válgame Dios! —gritaron los asistentes tras ver cómo la bibliotecaria al cerrar el libro desapareció en su interior.

Ahora todo el pueblo ha picado espuelas y se ha echado al monte en su busca. Entre letras y renglones; entre párrafos y capítulos, no pararán hasta dar con ella.